

ETICA MODERNA: MODELO, CRISIS, DE-CONSTRUCCION

SERGIO ALBERTO CALDERON PRADA *

"Albergamos la ilusión de que los hombres puedan llegar a determinarse por una moral no de la represión sino conforme a la Razón..."

S. Freud. "El Porvenir de una Ilusión"
Viena, 1928

Introducción:

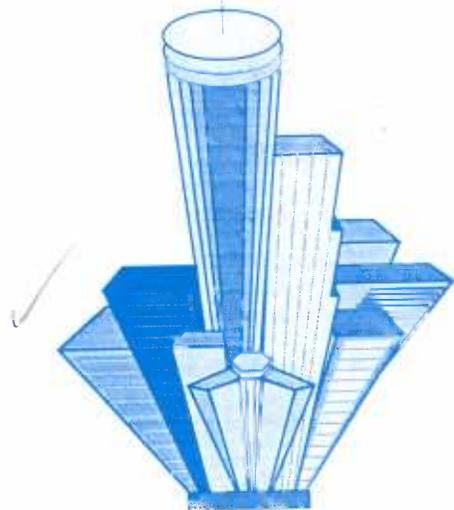
Es la hora en que las sociedades hereditarias de la cultura contrarreformista de hace 5 siglos, que son el conjunto de naciones subdesarrolladas y empobrecidas de América Latina, han empezado a hacer sentida la necesidad de establecer "códigos" o patrones nuevos de conducta individual y colectiva, ante el resquebrajamiento del modelo de una Etica compulsiva teocentrista cristiano-católica, y ante la tentativa fallida de imposición de otros modelos igualmente compulsivos provenientes de paradigmas de redención socio económica para estas naciones, ofrecida ya sea por iglesias nuevas (sectas) o ya por partidos únicos autoconcebidos como depositarios excluyentes de la racionalidad social, de la verdad y del único futuro posible y deseable. ¿Qué supone entonces, volver a hablar de Etica en la época de la muerte de las ideologías, después de más de dos siglos de rebelión ilustrada contra la dictadura ofrecida ya sea por iglesias de las iglesias y sus mandatos presumidamente celestiales? ¿Es posible hablar de moral sin porvenir histórico? ¿Se verá acaso reducida a una "moral provisional del mercado" toda formulación de moral sin Utopías?

A responder estas cuestiones dedicaré éstas páginas con el propósito de dilucidar las condiciones de posibilidad de una moral civilista (no sectaria) y emancipadora (propiciadora de la liberación de ataduras en la vida interior y en la práctica social) que pueda recoger los criterios de una cultura abierta (no ajena a los conflictos provenientes de la convivencia de las diversidades), y que se proyecte sobre la conciencia y la práctica de los individuos, capaz de generar en todo caso un estado social equilibrado, que brinde a todos los asociados posibilidades de plena realización de su propia diversidad.

* Filósofo Univ. Javeriana, Especialista en Planificación del Desarrollo Univ. Jorge Tadeo Lozano, Profesor Humanidades E.A.N

I. ARQUEOLOGIA DEL ETHOS MODERNO

Veamos enseguida qué modelo ético, no suficientemente explícito aún, se encuentra vigente en nuestro medio en esta época actual, ubicada entre la cultura católica que nos asistió de manera determinante hasta buena parte de la primera mitad de siglo, y lo que fueron prospectos de moral socialista elaborados desde la década del '60, los cuales no tuvieron raigambre cultural más allá de algunos círculos intelectuales y de proyectos políticos sin resolución en la institucionalidad de estos países latinoamericanos. Entre estos dos modelos éticos de carácter compulsivo se ha desarrollado la Etica/burguesa que se contrapone por su esencia libérrima, ante cualquier imposición de contenidos y de orientación. Comenzaremos con ella éste análisis.



Etica Secular - Pragmática:

Desaparecido el "temor por lo divino" como criterio de acción intencional en las relaciones sociales e interpersonales, se ha instalado en la conciencia de los individuos pertenecientes a la cultura occidental, el criterio de acción eficiente (con adecuado soporte técnico) como calificativo único del bien, lo que deja de lado el problema de los fines mismos de la acción. El fin de "mantener las manos y la conciencia limpia ante Dios" y la caridad como medio para merecer la reconciliación con el Creador, desapareció del horizonte moral moderno.

Con ello se instala una "irresponsabilidad trascendental" frente a los semejantes: "No soy culpable de lo que pase con los demás", es el lema de la moral burguesa que se compagina con la esencial insolidaridad entre los individuos que concurren en el mercado de las relaciones sociales, relaciones que en la sociedad moderna se dan generalizadas desde la experiencia básica de la ciudad, cuyos valores fundamentales son el intercambio económico, la acumulación de capital y el progreso tecnológico.

Si, la moral católica, moral impuesta y administrada por la iglesia (moral para menores de edad, dada la heteronomía de la razón o conciencia individual respecto del magisterio eclesiástico) cede su lugar a la moral burguesa, una moral libre de prescripciones sobrenaturales, con un horizonte intramundano y secular, es decir, sin límites para el conocimiento racional, una moral que cambia no sólo el origen de las prescripciones morales sino la orientación y el contenido de las mismas: el bien y el mal son relativos a lo conveniente o no para los intereses particulares de los individuos o de la empresa. El advenimiento de la cultura burguesa significa la conquista de la autodeterminación de la conciencia, que se resuelve en las opciones de posibilidades para el mercado de trabajo, pero es una conquista que se agota y dilapida en el más inmediato utilitarismo.

El fin de lucro termina por poner entre paréntesis cualquier limitación a la hora de escoger los medios para obtener dicho fin; el capitalismo salvaje, si en esto nos hace pensar la afirmación anterior, no fue un capítulo superado en la historia económica de Occidente, sino que es una forma recurrente de la acumulación de capital, dentro y fuera de las fronteras nacionales, dentro y fuera del correlato de conciencia del mejor beneficio; de otra forma no se explica el actual síndrome de corrupción de quienes manejan algún resorte de poder en nuestro medio.

La Revolución humanista que generó esta moral burguesa, pasó por la quilla toda autoridad que no proviniera de la voluntad popular, traía consigo valores como Igualdad, Fraternidad, libertad que daban lustro a la Razón Práctica, pero terminó por relegar al ostracismo esos valores a los cuales no pudo dar cumplimiento por quedar supeditados a la calidad de mercancía de los individuos: bajo el síndrome del Fausto, cada individuo vacía su alma para conseguir la mayor ponderación posible de sus talentos de eficiencia, y tras ella, obtener la mayor retribución posible. El bienestar colectivo, de los demás, como finalidad de la acción social está completamente desbordado como valor en la moral Burguesa.

Mediación Jurídica y "A-moralidad"

El fin de lucro y el prestigio en cuanto eficiencia en la limpia acumulación de "valores" (valores de intercambio económico), son los contenidos básicos de la moral burguesa; su fuerza coercitiva se reduce a respetar las normas o reglas

del juego social (respeto de la ley y la costumbre) las cuales están establecidas en función de la "limpia" competencia pero esencialmente en función de la inexorable conformación de monopolios.

Es esta moral burguesa la que al tenor de la mayoría de edad de la autonomía de la razón, cambia la culpa moral por la culpa jurídica, o sea que establece una moral mediatizada por lo jurídico como instancia de "conciliación" de los distintos y contrapuestos intereses. Se erige entonces el Estado como abstracción de la vida social por la cual se representa la totalidad de los diversos intereses, y que por tanto, es capaz de imprimir racionalidad administrativa a toda actividad particular en consonancia con el interés común. La era Keynesiana, máxima expresión de la moderna racionalidad social concebida por Max Weber, impuso la necesidad de la intervención del Estado como garante de equilibrio y redistribución de la riqueza, puesto que el circuito económico capitalista de suyo tendría a la concentración del producto social. Pero ese arbitrio del Estado debe ser compatible con una economía de Mercado y por ello, debe ser la expresión de un pacto social ajustado a una concepción democrática de su función política y jurídica.

La libertad e igualdad jurídicamente reconocidas desde el arbitrio definitivo del Estado como expresión de la voluntad general y del pacto social, no han podido en la práctica contener la preponderancia de quienes en el juego del mercado han conseguido posiciones hegemónicas. Por ello resulta el Estado siendo el representante de unos intereses particulares en detrimento del interés general.

El Estado en nuestras sociedades donde la modernidad se paralizó por obra de la temprana concentración de poderes, ha quedado reducido al magro papel de garante del libre desenvolvimiento de los monopolios en los centros urbanos, con el agravante de haberse convertido en un aparato de gran peso y volumen, que por su concentración de funciones obstaculiza la iniciativa particular así como la solución de problemas en los asentamientos periféricos. Lo que tenemos es un Estado centralista, burocratizado, costoso, generador de corruptelas, pero que tampoco garantiza el libre ejercicio ciudadano en extensas zonas donde no hace presencia.

Pues bien, en la cultura moderna el Estado viene a representar esa única instancia de obligatoriedad a que queda reducida la conciencia moral, pues el resto del espacio moral está invertido en los valores del hedonismo y de la eficiencia técnica. El problema del bien común queda delegado al Estado a cuyo manejo se vincula la voluntad individual a través de un simple proceso de Marketing Político movilizad por quienes controlan los resortes clientelares de los partidos y que termina en las urnas. Por supuesto, en estos términos queda superada la calificación moral de la Política.

Este es pues uno de los valores fundamentales de la conciencia burguesa: la apoliticidad. Ella supone la pérdida de visión del conjunto social como responsabilidad de los asociados, reforzado por la percepción de desvalimiento e inasistencia por parte del Estado; al atribuir responsabilidad por el estado de cosas a una distancia abstracta, se pierde interés por participar en las decisiones. Este es el contenido de no obligatoriedad de lo político que se proyecta sobre un transfondo de pretendida "a-moralidad" de la conciencia burguesa puesto que no se concibe compromiso alguno con nada que no sea el afán de enriquecimiento y consumo abundante.

Modernidad y Transhumancia metafísica.

Estamos pues en presencia de la llamada Razón Instrumental que junto con la Administración Total en manos del Estado, han sido el resultado inusitado del humanismo moderno que inspira la inauguración del "ilustrado mundo burgués" confiado al poder único de la razón sin ataduras ni prejuicios. La modernidad como proyecto cultural ha advenido a nuestros días como un proyecto sesgado en cuanto proyecto de dominio técnico en una relación de sujeto - objeto exclusivamente dejando de lado la tematización y la implementación de proyectos de libertad humana, que fuera precisamente una de las mayores conquistas de la historia al asomo del mundo moderno.

La modernidad en su desenvolvimiento concreto ha sido el agotamiento de lo que Martn Heidegger dió en llamar la "Metafísica de la Subjetividad" entendida como la reducción del mundo y sus posibilidades de ser al tratamiento de 'objeto del pensamiento racional' dentro de lo cual el hombre es el sujeto único capaz de dar soporte ontológico a la totalidad de lo real dada su especial capacidad de "Representar" y "Dominar" (léase dimensionar) el mundo; Dimensionamiento que se acompaña del pretendido poder de implementación y control del Estado Nacional sobre todo el conjunto de las relaciones sociales.

Mercado y engranaje técnico son las fuerzas metafísicas desatadas por el poder de la representación y la abstracción del hombre moderno, que terminaron por imponerse a su voluntad, generando así un paisaje de "Hombres y Engranajes", según aduce Ernesto Sábato en uno de sus escritos clásicos sobre la caracterización del fetichismo de la cultura contemporánea.

Moral de la Inmovilidad.

En suma, lo que encontramos en el paso de la ética cumpulsiva católica a la moral burguesa en el contexto del proyecto metafísico de la modernidad, es un individuo trascendentalmente solitario y desarraigado, vacío de

contenido y de sentido moral, incapaz de asumir responsabilidad alguna sobre el destino de la colectividad y teniendo por único escenario y horizonte de proyección EL MERCADO, que le exige prepararse como mano de obra calificada. Competitivo en el 'arte' de la eficiente aplicación de la razón instrumental, al tiempo que le exige docilidad como consumidor ávido de objetos nuevos, con lo cual agota su vinculación a la sociedad (produzco y consumo, luego existo). Consumir, más allá del carácter de necesidad del sistema, ha adquirido el status de un derecho en la conciencia de los individuos el cual llegan a sentir pisoteado cuando hay crisis o escasez general de un producto o servicio, ajenos por completo a cualquier compromiso ecológico o de economía social.

Este es pues un individuo Apolítico pero obediente y claudicante ante la normatividad impuesta; ecléctico y carente de utopías, ocupado en asegurar un espacio mínimo de supervivencia mientras consigue posición de predominio. Si algún valor moral se profesa se le atribuye origen religioso y se remite a la vida privada (moral de bolsillo), lo que no afecta en nada su posición frente al mundo, es decir, no lo compromete ni moviliza frente a patéticos (podrá decirse estructurales) males que causan el padecimiento y subdesarrollo de extensos grupos humanos y del suyo propio; al fin y al cabo la conciencia burguesa encuentra apoyo en un darwinismo social (sólo los individuos de especies más fuertes sobreviven en un medio de libre concurrencia) como apriori ideológico, que le hace pensar que los males sociales ocurren por incompetencia e impreparación cognoscitiva de los individuos que los padecen, y que en la medida de su capacitación podrá sobreponerse a las limitaciones de su medio social.

El Carácter Moderno.

La Cultura burguesa que hemos descrito, ha heredado de la Ilustración algunos aspectos de forma interesante en el carácter del hombre moderno, que da lugar a la intencionalidad (fenomenología) moral antes descrita, y que sirven de punto de partida para el planteamiento de una nueva Etica. Estos son básicamente, su reacción alérgica a los dogmas (Secularización), el antitotalitarismo político y mental, así como una irrenunciable provisionalidad en las formas de entender el mundo y de relacionarse con sus semejantes (contractualidad sometida a eventual ruptura). Este provisionalismo proviene, entre otras cosas, del espíritu científico, que se funda en la permanente y honesta búsqueda de la verdad invocando solo el criterio de verificabilidad como autoridad de los argumentos, y adoptando un respeto frente al contradictor con un ánimo constructivo para avanzar en la densificación cognoscitiva.

La figura del individuo acuñada por la ilustración es la del individuo como ciudadano; y decir ciudadano es hablar de autodeterminación de sus distintas esferas de existencia (social, profesional, económica) en un espacio propicio que es la Sociedad Civil, donde pueda dirimir sus diferencias y conflictos de intereses con otras personas de acuerdo a reglas previamente establecidas (estado de Derecho) sin considerar la resolución de tales conflictos por la vía de la fuerza.

Otro componente de la mentalidad burguesa del ciudadano de nuestras urbes, es su incredulidad frente a paraísos extra-terrenales, o de paradigmas impuestos por la fuerza donde desaparezca el libre mercado de iniciativas, confiando en que ésta es la única vía para avanzar por el camino del progreso y el desarrollo de los individuos y sociedades. De allí se deriva en muchos casos la identificación de los individuos con la Empresa, la gran empresa de la cual son o aspiran a ser empleados.

La Espiral antimoderna.

Pero este ambiente de aparente libertad, ha sido coartado por la formación y presencia activa de las hegemonías excluyentes que han llegado a determinar la forma de ser de las distintas instancias de lo real, como que:

-La racionalidad humana se redujo, bajo el influjo positivista, al ámbito de lo verificable, de lo tangible y controlable; excluyendo otras formas de realización y expresión de racionalidades (prevalencia de la ciencia y la técnica sobre el arte, la religión, la filosofía);

-La economía de mercado fundada sobre principios de competencia y libre concurrencia ha llegado a minimizarse frente a la conformación y consolidación de monopolios que coartan el libre circuito económico a nivel nacional y ya, planetario;

-El escenario sociopolítico está también conformado por el control que ejercen minorías de poder (partidos, movimientos de clientela electoral) que coartan la libre iniciativa para la solución de problemas locales, supeditándola a la intermediación de mecanismos de control del Estado, y que impiden la llegada al poder de formas organizativas nuevas, las cuales llegan a convertirse en atentado contra formas y grupos de concentración económica ya consolidados.

Estas formas de hegemonía son ocultadas por un poder adicional de la actual cultura moderna y es la del poder de ficción de los Medios Masivos de Comunicación que tienen como tarea, el abstraer a los individuos de su realidad concreta para llevarlos a la realidad elaborada por los noticieros, los editores y aquellos a quienes representan; además crean en los individuos los valores, los reflejos de un mundo enlatado en el que no se maneja precisamente la racionalidad y la concertación para resolver todo tipo de situaciones humanas, sino que se acude a la emotividad y a los mecanismos reflejos de respuesta. De esta forma los

medios no representan la "Opinión Pública" que los justifica, sino nuevamente ciertos sectores de opinión (Ideología) que le dan sustento económico.

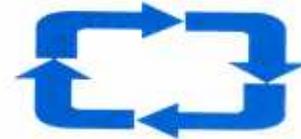
Estas formas de concentración de poder generan como necesaria contrapartida, de manera evidente unas veces, y otras muy sutil, extensos grupos marginados, excluidos de toda forma de ejercicio real y pleno de libertad, y que son, por lo demás, el origen inmediato del malestar social que tenderá a romper el insano y precario equilibrio de que presumen las sociedades de mercado. La marginalidad y el atraso es visto aquí como resultados de un estado de desequilibrio natural de las especies (sociedades o colectividades diversas) y de los individuos, para quienes se traza un mismo camino rectilíneo por el que todos deben transitar. No hay condiciones diversas ni estados diversos y discontinuos de desarrollo sino colectividades e individuos desarrollados y colectividades e individuos atrasados.

Dentro del darwinismo social que caracteriza la concepción burguesa del mundo, todos los individuos y colectividades están metidos en la camisa de fuerza del Desarrollo, para lo cual se ponen los medios técnicos (educación, Planificación socio-económica). La única fé de la cultura burguesa es la del mundo desarrollado, la del progreso económico, material y técnico, sin cuestionar por un momento el régimen de concentración que lo soporta.

He aquí el presupuesto metafísico de la modernidad: la semejanza e identidad radical de los grupos humanos, dentro de los cuales sólo hay diferencias de grado, pero que todos deben seguir el camino del desarrollo, asistidos por los entes naturales o jurídicos que han alcanzado preponderancia (La Empresa Transnacional, el Estado, el Partido, el Medio de Opinión). Lo distinto a esto es declarado subversivo y proscrito para ser eliminado. Bajo este presupuesto, se continuó en este mundo moderno con la moral religiosa, la moral que adhiere a los grandes poderes que permite el flujo lineal de los individuos y grupos por el ducto del desarrollo.

Dentro de esta metafísica del desarrollismo, alineada con la Episteme de la semejanza, no pueden darse valores como el de la tolerancia, la comunicación, el encuentro entre iguales y la libertad plena de concurrencia, pues las hegemonías han conformado un escenario piramidal entre minorías usufructuarias y controladoras, y unas mayorías excluidas y no participantes ni en lo económico ni en lo político, que delegan, ceden y entregan su autodeterminación a las minorías.

Postmodernidad y Sinergia.



Al tenor del derrumbamiento del Muro de Berlín, la cultura adveniente ha conseguido, sobre la tensión de la modernidad

antes descrita, romper el cascarón de la racionalidad unidimensional en sus distintas instancias: lo intelectual, lo económico, lo político, lo social, lo técnico. No hay versiones únicas y excluyentes de racionalidad: en lo científico, porque no hay modelos estructurales unívocos; en lo intelectual, porque no sólo la ciencia puede dar explicación de segmentos del mundo, y porque no sólo la explicación causal es la única forma de aproximarse; en lo político porque fracasaron los modelos centralistas que ofrecían el sueño de una solución válida universalmente; en lo ético, porque tampoco hay modelo único de hombre que se proponga para todos los tipos de sociedad. En fin, no hay en esta nueva etapa de la cultura un discurso de validez universal en el tiempo (para explicar el pasado y proyectar el futuro) y el espacio, válido para todas las latitudes. (1)

Una nueva concepción se asoma en el horizonte inmediato perceptible desde luego, por y desde nuestra posición histórica: una concepción sinérgica, que, más allá de la unidimensionalidad y linealidad de la razón moderna, se pone a tono con la discontinuidad y la multiversalidad postmoderna. Los rasgos básicos de esta concepción se plantean en términos de un reconocimiento a la irreductible diversidad múltiple de cada colectividad humana y de cada individuo. A nivel socioeconómico y político ninguna sociedad es asimilable a otra, y por tanto cada colectividad que comparte una cultura, una identidad diferente encuentra sus propias vías, recursos y límites para crecer y desarrollarse sin que esto implique estar en un nivel de una escala universal de desarrollo (capitalismo centrífugo planetario); una ética sinérgica en lo político plantea la respetabilidad de la autonomía de cada Nación a decidir y realizar su propio proyecto político-económico con la colaboración e intercambio de parte de otras en igualdad de posición, y no con la acostumbrada actitud avasalladora e imperial de la dialéctica capitalista actual Centro-periferia.

Al interior de cada sociedad moderna, se trata, desde este nuevo enfoque, de devolverle el pleno vigor a los mecanismos de la Sociedad Civil para que dirima la diversidad de intereses en función del interés común que le sirve de base, recuperando con ello la credibilidad y legitimidad del estamento público y la gobernabilidad que se deriva del consenso y la concertación de la multisectorialidad social concurrente en un pacto social de plena representatividad. Se trata aquí, no de eliminar la diversidad de intereses, sino de recuperar la expresión y participación en el poder de los distintos sectores grupos y que representan.

En forma similar, en lo económico se trata de recuperar y mantener el vigor del mercado desde la libre participación y competitividad de los agentes económicos sin la preva-

lencia de los monopolios; que surjan y multipliquen los agentes para bien del usuario y consumidor.

De otro lado esta concepción sinérgica evoca un nuevo planteamiento del tema del desarrollo; el desarrollo en términos convencionales implica hablar de la implementación de soluciones definitiva a necesidades ciertas, unívocas y plenamente identificadas (realidad estructurada), después de lo cual se conseguirán estados ideales de realización. Y esto precisamente es lo que se ha venido abajo en este desencantado mundo post-moderno. De lo que se trata en esta nueva época es de bosquejar de manera tentativa y provisional "problemas" y plantear salidas alternativas y multivalentes que están generando nuevas problemáticas, nuevos enfoques, nuevas situaciones. Si no hay paraísos, no hay frustraciones, pero tampoco habrá una ética compulsiva que obligue a todos los individuos a hacer parte de una escatología. En lo político no hay lugar a comportamiento de marketing político puesto que el poder debe estar al alcance de cada diversidad para implementar sus propias alternativas sin la mediación de políticos "profesionales"; tampoco hay clientelas porque no hay individuos pasivos que esperen soluciones mesiánicas y exógenas. (2)

Este planteamiento sugiere pues una **moral del reto permanente y la participación activa** hacia la de-construcción de soluciones provisionales, generadora de modestos modelos flexibles. Allí no hay lugar al conformismo, al inmovilismo, a la pasividad porque se trata de hacer uso real de la libertad potencial que le ofrece el "mercado" de opciones. No hay pues soluciones conclusivas y se trata de que el individuo post-moderno asuma esta condición de peregrinaje en el respeto por la diversidad del otro, y en la participación crítica sin esperar que "otros decidan por uno".

Como quien dice a la Modernidad solo volvemos por la vía de la moral, de la participación consciente, autónoma y decidida; de otra forma quedamos encerrados en la suspensión libérrima y neoconservadora de la post-modernidad.

Otro de los presupuestos de esta concepción sinérgica es que los hombres son seres inacabados, envueltos siempre en el sustrato de lo pasional por lo cual lo racional no es nunca una certeza sino una manifestación equívoca, una apuesta, una tentativa de organización del espacio natural y social. En tal sentido se recupera el pensamiento del último Freud al expresar que la posibilidad loable de llevar a los hombres a aceptar la voluntad general de una forma racional era el "Porvenir (sin cumplimiento absoluto) de una Ilusión", o la Ilusión perenne de la razón. En estos términos no es difícil comprender que la soberanía del

individuo y la comunidad no emana del apriori lógico de la razón, sino que es el aposteriori de la razón dialógica e intercomunicativa. Al respecto cito y tomo como epígrafe de este trabajo, lo que en forma magistral expresó alguna vez Estanislao Zuleta:

“Lo más difícil, lo más importante, lo más necesario, lo que de todos modos hay que intentar, es conservar la voluntad de luchar por una sociedad diferente sin caer en la interpretación paranoide de la lucha. Lo difícil, pero también lo esencial es valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento, como aquella sin lo cual una imaginaria comunidad de los justos cantarían el eterno hosanna del aburrimiento satisfecho” (3)

Sinergia: El nuevo tono moral para una cultura democrática.

Estamos viviendo la transición entre la Megalomanía de la Modernidad y la atomización y pluridiversidad postmoderna, y lo que nos corresponde por ahora es preludiar los valores de este nuevo “tono cultural y moral”, tono que se contrapone por completo a la compulsividad premoderna y adviene de la languidez y vacío cuasi-nihilista del carácter moderno. Ese advenimiento debe utilizar instrumentos como la crítica y confrontación (razón propositiva), y no la eliminación del contradictor; pero sobre todo por la obligatoriedad moral y no política que los individuos hayan de encontrar en la concientización del nuevo plano sinérgico del vínculo intersubjetivo.

El mercado como forma económica y la razón como forma de relación social no debe seguir siendo un espacio anónimo ni el escenario de la ideología del más fuerte, y más bien deben ser entendidos como una oportunidad permanente para el intercambio de espíritus diversos que constituyen ese “pluriverso multiconcurrente” que se pro-

yecta como voluntad general. Toda forma de representatividad debe estar siempre asistida del debate y la controversia que alimenten el consenso que le dá vida a la democracia (eterno retorno de la recomposición de las voluntades objetivadas), evitando que se congelen los poderes delegados. De este principio se derivan nuevos derechos que deben ser tenidos en cuenta en la nueva forma de ciudadanía: el derecho a la resistencia, el derecho a la revocatoria, que son instrumentos de neutralización de los monopolios y las hegemonías de todo tipo.

El mercado podría ser considerado como un escenario no sólo de productos sino de proyectos, de propuestas de emancipación intersubjetivas, en el cual se realice la ilusión de racionalidad integral en el doble juego de la introyección (educación) y en la proyección (práctica comunicativo-política) de prospectos.

La moral desde el enfoque sinérgico expresado no puede ser pues una moral escatológica, sino una moral para vivir ahora y para volver a comenzar siempre, expulsados pero no nostálgicos del paraíso.

NOTAS de Pié de Página!

- (1) Lechner, Norbert. “Ese Desencanto llamado Post-moderno”. Revista Foro. No.10; septbre 1989; pp: 35-45
- (2) Este concepto está apenas esbozado en el sugerente texto de Manfred Max-Neef “Desarrollo a Escala humana” al replantear la concepción tradicional de Necesidades Humanas, como algo que no se satisface sino que se potencializa o se resuelve en nuevos estadios problemáticos.
- (3) Al respecto, ver el discurso de Estanislao Zuleta “Elogio de la Dificultad” Magazín Dominical de El Espectador; No.358; Marzo 4 de 1990; pp:18-20